

# Restauración espiritualista.

3-68 1

("La Nación", Buenos Aires (A. A.), 1 junio 1911).

## RESTAURACION ESPIRITUALISTA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, abril de 1911.

El día 2 de este mes dió en el teatro Principal de Barcelona una conferencia sobre la cuestión religiosa el distinguido economista don Guillermo Graell, y es la tal conferencia de lo más jugoso, de lo más elevado y noble y de lo más patriótico que en estos años se ha dicho en España.

Don Guillermo Graell había pronunciado ya los discursos inaugurales de la Sociedad de estudios económicos de Barcelona, en 1907 sobre la acción económica, en 1908 sobre la nacionalización de la economía, en 1909 sobre la economía nacional y los hombres de estado; había dado el informe de clausura en la información sobre la banca catalana, otra conferencia en 1910 sobre los proyectos del ministro de hacienda, y tiene publicadas obras: «La cuestión catalana», «El arancel, los tratados y la producción» y «Conferencias sobre economía» en curso de publicación. Dirige, además, la revista quincenal titulada «La Economía Nacional». Y este laborioso y docto economista nos ha hablado últimamente de religión. Nunca más á propósito, en España por lo menos.

Empezó diciendo que el solo anuncio de su conferencia suscitó intolerancias de juicio salidas del campo que se titula de la libertad. Y eso que el señor Graell es liberal de veras. Mas esto nada debe extrañarnos, pues hace tiempo que á nombre de libertad se nos quiere hacer esclavos, traduciendo el jacobinismo de los políticos hoy en Francia imperantes. Aquí, como en la vecina república, mucho de eso que se llama vergonzosamente anticlericalismo no va contra el clericalismo, ni contra el clero, ni aun contra el catolicismo tan sólo, sino contra toda creencia y todo sentimiento religioso que nos consuele de haber nacido. No sé si llegará aquí día en que, como en Francia, declare un ministro en pleno parlamento que su fin es arrancar del alma del pueblo la fe en otra vida.

El señor Graell citó muy á propósito, dirigiéndose á los elementos socialistas de la ciudad de Barcelona, aquella declaración del programa del congreso socialista de Erfurt estableciendo que en la sociedad socialista la religión debe ser asunto privado. Y en corroboración de esto citó las palabras de Menger de que el estado socialista debe considerar la satisfacción de las necesidades religiosas impulsadas por naturalezas religiosas como parte del derecho de éstas á la existencia. Luego aquellas otras palabras de Jaurés cuando protestaba de que se presente á los socialistas como fanáticos de la irreligión, añadiendo que sería mortal comprimir las aspiraciones religiosas de la conciencia humana, que la vida natural y social no bastan al hombre y que le agradan muy



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES



1 junio 1911

Restauración Espiritualista.

B-68

- 2.



poco algunas groseras burlas sobre el cristianismo y sus sacerdotes. Y además palabras de Vandervelde, el jefe de partido socialista belga, en que predica el respeto á las ideas religiosas, califica de inconscientes á los que injurian al Cristo y á su Madre y hasta expresa su simpatía por los que se encierran en un convento. Y el señor Graell por su parte hace notar que ciertas intransigencias no las ha traído el socialismo sino el llamado radicalismo.

No sé si se conseguirá algo con tales advertencias. Nuestro socialismo español empezó asentándose en una posición clara y exclusivamente económico-social y declarándose neutral al respecto religioso, pero sus concomitancias con el republicanismismo—que en rigor no es sino radicalismo antirreligioso, no ya anticatólico—le han contaminado del espíritu de éste. Son ya muchos los semanarios socialistas que dedican á combatir, no ya al clero, ni siquiera al dogma católico, sino á los sentimientos religiosos cristianos, una buena parte de sus columnas, que deberían dedicar á combatir los abusos del capitalismo

burgués. Le hay que se preocupa más de los frailes que de los grandes propietarios y agiotistas, siendo así que en una región como ésta en que vivo, un solo gran terrateniente hace más daño que ochenta conventos. Y nada me extrañaría que hubiese fanáticos de éstos que prefiriesen un país sin religión alguna aunque bajo el más desenfrenado capitalismo y con la mayor desigualdad económica á un país socialista y religioso.

«¿Socialista y religioso?—exclamará alguno de estos jacobinos—¡imposible! Porque si socialismo no es en sí y por sí ni religioso ni irreligioso, ni delista, ni ateo, su implantación trae el ateísmo como consecuencia.»

Esta doctrina casi más que aventurada se la he oído á uno de los corifeos del socialismo español. Verdad es que el tal no tiene ni la más remota idea, y menos aun el más remoto sentimiento, de lo que la religión sea.

Por mi parte, no sólo no he podido ver nunca la necesidad que haya para asentar el ideal socialista de limitar nuestras esperanzas á esta vida, ni en qué pueda entorpecer á ese ideal y á su realización práctica el inextinguible anhelo de una vida trascendente y de la inmortalidad del alma. Es más aun, y es que creo que si necesitamos emanciparnos de la tierra y poder levantar de ella los ojos es para poder mejor elevarlos al cielo.

Pero aquí á esas negaciones trascendentales se les llama europeísmo. Y dice con mucha razón el señor Graell:

«Con este motivo se está conjugando el verbo «europeizar» tan á capricho que buena sale Europa de estas conjugaciones. Creo haber tenido ocasión de conocer algo Europa. Hay realmente una Europa más ó menos intelectual, en parte universitaria, periodística, de negaciones, escéptica, irreligiosa, algo aliada á masas turbulentas, hostiles á toda religión, á veces á todo procedimiento de gobierno. Aquí se imaginan muchos que es ésta la verdadera Europa, la de sus deseos, y hasta creen que no hay otra. Platón notó en su



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES





tiempo un fenómeno político y social que ha tomado gran relieve en los tiempos modernos. Ha habido siempre, y hay ahora más que nunca, cierta clase de gentes que á fuerza de parecer en las plazas públicas, acaban por creerse que son los más, á pesar de ser muy pocos, y lo que es peor, aparece creérselo todo el mundo. Pues bien: la verdadera Europa, la que gobierna, salvo poquísimas excepciones, la que inventa, la que prospera, la de orden y sensata, y afortunadamente es la inmensa parte de la población, es la Europa de la Biblia, ó la Europa del papa, como en los Estados Unidos y el Canadá encontré una América practicante, hasta devota. Engañan á los jóvenes quienes les inculquen lo contrario.»

Así dijo el señor Graell.

Y eso era oportunísimo decirlo en Barcelona, «ciudad escogida por laboratorio de ensayo de utopías «in ánima vili», á lo que añadió el orador: «Servimos, señores, de conejos de estudio». Son tantos, desgraciadamente, los fanáticos de la pendería científicista—nótese, y lo hago observar una vez más, que digo científicista y no científica—que no ven sino conejos de estudio en sus prójimos y hermanos!

Muy bien añade el señor Graell que ese que llama «radicalismo «francés»—y no porque en Francia simpatice con él la parte mayor y más hondamente francesa—y estaría mejor llamado radicalismo internacionalista—lo cual no quiere decir universal, si no tal vez lo contrario—no se desarrollaría sin ambiente favorable, «y este ambiente lo ha traído lo que menos se podrá pensar, á saber: el ideal único y exclusivo de la peseta». Y luego pronunció estas nobilísimas palabras: «Nunca he entendido por cuestión social el socialismo obreo, el cual no es sino una fase de otro problema mucho más complejo. La cuestión social aparece más viva aún, más intensa, y allí toma origen, en esos «parvenus», en esos fenicios, que dan cada vez más el tono á la sociedad. Sus frivolidades, los escandalosos gastos de no pocos, y hasta su índole, han determinado una orientación de vida que ha soliviantado todo el mundo del trabajo. Al hedonismo, como único ideal, tiene derecho todo el mundo, y la astucia ó la fuerza, que son las dos armas de los animales fuertes, decidirán de la suerte de los hombres, ó sea, la selección en la «struggle for life». Las aspiraciones del socialismo radical son parodia de las del «parvenu».

Y añade el señor Graell un poco más adelante: «Hoy la medida general es la vida actual; de la otra ni se quiere saber ni oír nada. Es una estridencia demasado chillona en ese desbordamiento, en ese desenfreno de los instintos egoístas, instintos que en la inmensa parte de la humanidad no pasan de los instintos de conservación y de reproducción». Y luego: «Se siente, pues, ya la necesidad de elevar el nivel de la vida. Su grosería ha acabado por fatigar á las personas que se estiman algo más que esclavos de compra y venta, de paseos públicos, de palcos de teatro, los sombreros y joyas, personas que viven de sentimientos más nobles que los meros instintos de la conser-



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS USALES





vacación, de la reproducción y de esa vanidad de halcones.»

Muchas veces he procurado hacerme intérprete de estos mismos elevados sentimientos. Y siempre he creído descubrir un estrecho parentesco entre el materialismo práctico, la superficialidad espiritual, el radicalismo sectario, el cientificismo pedantesco y el mamonismo. En el fondo del cientificista no hay sino un cazador de pesos ó un vanidoso ridículo.

El señor Graell pasa luego á hablar de la ciencia de las religiones, afirmándonos que hay religiones positivas para mucho rato, y luego de la vitalidad del catolicismo. Punto es éste en que tendría que hacer más de una rectificación á sus afirmaciones, ratificándolas otras veces. Pero dejo para otra ocasión el examen de esas estadísticas, con las que se trata de probarnos que la Iglesia Católica Apostólica Romana, cuya cabeza visible es el papa de Roma, aumenta de día en día sus prosélitos. Se nos da, además, la estadística de los que entran, ó mejor aún, de los que se bautizan, pero no de los que salen.

De las órdenes religiosas y del Vaticano habló luego el señor Graell, y tampoco en esto hemos de seguirlo aquí.

Tampoco hemos de coincidir con algunos de los juicios que al señor Graell le merece la filosofía moderna. No creo que de la obra de Bacon, de Descartes, de Leibnitz, de Berkeley, de Hume, de Kant, de Hegel, de Darwin, etc., etc., se saque necesariamente eso que «con el nombre vago de ciencia, nos ha conducido al presente atomismo». Esos altos y nobles espíritus que el señor Graell cita, y otros análogos, cuyos nombres omite, no son responsables de cuanto á su nombre se dice. Ni la filosofía, ó lo que en un tiempo se llamaba filosofismo es filosofía, ni el cientificismo es ciencia.

Tengo para mí por indudable que no es la ciencia, con ser ella indispensable, la que ha de dar la suprema dirección al espíritu humano. Tal fué el error intelectualista de los griegos. No es la verdad científica, sino otra verdad, la que ha de consolarnos de haber nacido. No sé que el binomio de Newton haya apaciguado ninguna gran congoja del corazón. Y esto aun tratándose de la alta ciencia, de la más educadora y ennoblecedora, de la ciencia especulativa, de la del conocer por conocer y ensanchar la mente, y no de la que provoca la admiración de los papamatas y los vividores, de la ciencia aplicada ó sea ingeniería. La cual es muy útil, sin duda, pero... Mas mejor será que dejemos ahora eso del ingenierismo. Acaso no está mal que quien nunca levantó la vista de noche al cielo estrellado para apacentar el corazón en su magnificencia, la levante para ver pasar un aeroplano, sobre todo ahora en que esto de los vuelos mecánicos es un espectáculo más, unas nuevas carreras de caballos á que van las damas á exhibir sus trajes y su vacuidad de espíritu.







Q-6P

Dios me libre de desconocer las bendiciones de la ciencia, y no sólo de la especulativa y teórica, sino de la práctica; Dios me libre de maldecir de eso que llaman progreso y civilización, pero Dios me libre también de considerarlos de otro modo que como medios y de estimarlos fines de la suprema actividad humana. Y esta cuestión del fin y del medio es lo capital y fundamental. El íntimo y eterno valor de la vida de un hombre depende de la finalidad suprema que éste atribuya á aquélla. Y no precisamente porque el hombre atempere su conducta á la noción de esa finalidad, sino porque en virtud de su conducta, cuando ésta es elevada y noble, concibe el fin de ella. Las raíces vitales y profundas de nuestra acción arraigan en las entrañas oscuras de lo subconsciente y aun de lo inconsciente, pero cuando esa nuestra acción es honda y sobrenaturalmente humana nos da como flor la concepción de una finalidad trascendente de esta vida.

Ho escrito sobrenaturalmente humana, y es que, en efecto, lo propio del hombre es sobrenaturalizar la naturaleza, añadirle algo, trascender de lo que llamamos natural.







3-68

dar conciencia y finalidad al universo y finalidad que las sacamos de Dios.

A la luz de esta consideración—que acaso á algunos parezca algo enigmática, pero que por ser cosa más de sentimiento que de razón, no puedo aclarar sin degradarla y enturbiarla—se debe mirar las relaciones entre el progreso y el fin humano. El señor Graell cita muy á propósito aquellas palabras de Rodolfo Bucken, el ya célebre profesor de Jena, de que «la religión que se pone á merced de la simple civilización y sigue todos los movimientos superficiales de la época, es de una inconsistencia lamentable». Nobilísimas palabras á que el señor Graell añade por su parte estas otras: «Lo peor es que una fraseología hueca nos va conduciendo á un nivel intelectual tanto más inferior cuanto más va agrandándose el mundo exterior, al cual no openemos sino nuestra abúlica debilidad y cobardía. Hemos traspasado al espacio y al tiempo ese infinito que constituye nuestra grandeza, espantándonos cada vez más de la vida interna, de la cual, sin embargo, no nos podemos despojar. Así es que las cosas exteriores nos arrastran, porque no tenemos ningún punto de apoyo y acabamos por no ser sino otro fenómeno de la atmósfera, sujeto á las estaciones del capricho... Esta mentalidad ocasiona ya una gran atorfa de los entendimientos y de las voluntades, y sintiéndonos débiles caemos bajo el mecanismo de las galerías indoctas.»

Y luego reproduce unas palabras del glorioso octogenario que enseña economía política en Berlín, de Adolfo Wagner, que nos dice que «un sistema económico que, como el socialismo, exige la mayor abnegación, la supresión de todos los malos instintos egoístas, el mayor desarrollo del sentimiento del deber, del honor, del placer en trabajar, se mina, se destruye á sí mismo, si rechaza por principio la creencia en Dios y en la religión. Si efectivamente el socialismo pudiese tomar realidad hasta cierto punto, desde luego muy corto, los hombres llamados á aplicarle tendrían necesidad de ser sostenidos por su fe en Dios, por su fe religiosa.»

Wagner sabe, sin duda, ¿y cómo no? que muchos que se llaman socialistas y á todas horas nos están hablando del socialismo científico, para distinguirlo de no sé bien cuál otro, pretenden fundar en el egoísmo del abstracto «homo oeconomicus» ese su socialismo... científico! Por mi parte creo que el tan cacareado socialismo científico, que no suele pasar de cientifista, y al que tan pedantesco y antipático hizo Carlos Marx, está en quiebra, y que el porvenir es del socialismo religioso. Sólo una religión puede salvar el ideal socialista.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES